

Primer capítulo

¿Terminaría el muro que delimita la libertad en los cinco centímetros de espesor de la verja que se deslizaba en esos momentos a su espalda?

Él había estado muchas veces fuera de la celda aunque su cuerpo no se hubiese movido del jergón ni su mirada abandonase el mundo de silencios y lagunas secas que formaban los desconchones del techo. En esos momentos no importaba cuánto tiempo llevara preso el cuerpo, su alma, incontenible, volaba sobre los paredones para, pueril, acunarse en el regazo acogedor de su madre y enredarle el lacio cabello negro a su hermana Rosario. Gestos nunca realizados cuando vivía con ellas pero que, paradójicamente, eran los únicos que había echado en falta a lo largo de los casi dieciocho meses de permanencia en prisión.

No era malo aquello de que, de tanto en tanto, la ley se sintiese necesitada de reajustes. Sobre todo si, como aquel que regulaba el nuevo código penal, le abría las puertas de la calle.

Desde atrás le alcanzó el quejido metálico de la cerca al encajar en sus cierres y aspiró profundamente el aroma de la libertad que había esperado tanto tiempo.

Una carretera mal pavimentada recorría casi en línea recta los poco más de trescientos metros que le separaban de la parada de autobuses interurbanos, ya en la orilla de la autopista. Aquél era el punto donde comenzaban las promesas hechas a sí mismo en los eternos meses de encierro y allí fue donde le adelantó, para mezclarse entre el tráfico de la carretera general, el automóvil que, sin haberlo advertido, le seguía desde la misma puerta de la prisión.

El alquitrán que ahora pisaba era un croquis de manchas oleosas y oscuras dejadas caer por los furgones policiales en su transporte diario de vidas desgajadas; un mapa que todavía pertenecía a los carceleros. Su mundo empezaba ahora, al subir los dos peldaños del autobús, como un ente anónimo más entre el gentío sin nombre que lo rodeaba.

Pagó el billete y escupió hacia la acera antes de que se cerraran las puertas. De la prisión no quería llevarse ni el mal sabor de boca.

Nubes de color tan gris como la vida se cernían en torno a las últimas plantas de los aprendices de rascacielos que, en el horizonte, despuntaban tras las líneas de poblados prefabricados y naves industriales marchitas junto a la carretera. Cuando el autobús se fusionó con el tráfico de la ciudad, las primeras gotas de lluvia comenzaron a deslizarse caprichosas sobre los cristales buscando los charcos del asfalto.

Cambió de vehículo en el final de línea antes de hundirse en la boca del metro que le llevó hasta su barrio.

Su barrio. Año y medio después nada había cambiado en él. Quizá alguna casa baja derruida para levantar sobre ella un edificio moderno y estrecho, cualquier otro solar colonizado por la maleza bostezando en espera de la pala excavadora y, con rostros distintos, el mismo grupo de chavales jugando al fútbol en el parquecillo, con el cabello empapado por una llovizna que parecía traerles sin cuidado.

El portal permanecía tan umbrío que la claridad del día, agobiada de nubes, no alcanzaba el primer tramo de escalera. A punto de tropezar con los montones de periódicos y revistas que los vecinos dejaban junto a la entrada para los Boy Scouts, pulsó el interruptor y una luminosidad amarillenta sacó a la vista las aristas de los muros y hundió aún más en la penumbra el tiro de la escalera.

—Lleva tres días fundida...

La voz, cascada y quejumbrosa, procedía de las sombras. Al poco, en uno de los peldaños, aparecieron las puntas de unas zapatillas de fieltro y un taco de goma rematando la caña de bambú de un bastón.

—Nadie se preocupa de la casa y un día nos vamos a matar alguna...

La anciana llegó hasta el muchacho y alzó la vista. Por un momento pareció reconocerle; luego, haciendo un gesto con la mano para espantar la mosca invisible de algún pensamiento, prosiguió vacilante su camino con una bolsa de plástico arrugada en el puño contrario.

—Ya verás cómo han cerrado. Estas condenadas chicas echan el cierre y no esperan a nadie...

La señora Berta no le había reconocido. Hacía tiempo que sus ojos eran dos lagunas turbias.

Al utilizar la llave pudo comprobar con alivio que su madre no había cumplido la amenaza de cambiar la cerradura para que nunca pudiese regresar. Empujó la hoja de la puerta con temor, poniendo sumo cuidado en que el chirrido de las bisagras no rompiese sobre la voz de Marifé de Triana desgranando «Torre de arena» en las ondas de *Radiolé*.

Desde el fondo del pasillo, un par de ojos le observaron durante unos instantes con mirada de pez asustado; después se dibujó una sonrisa sobre el dulce rostro asiático y un correteo zambo retumbó contra las paredes de la casa.

—¡Leo!...

Al instante sintió el cuello rodeado por unos brazos poderosos y tiernos y sus mejillas se cubrieron de besos, saliva y lágrimas.

—Estás muy guapa —requebró a su hermana cuando logró zafarse de su abrazo.

—¡Leo, mi niño!... —y una vez más lo abrigó el amor que la muchacha le profesaba.

—¡Charo! —la llamada, seca e imperiosa, llegó desde la puerta de la cocina, abortando de inmediato la ternura del momento.

Una mujer de mediana edad se limpiaba las manos en el delantal. Quizá fuese más joven, pero su pelo recogido en la nuca, sus carnes, libres dentro de la deslucida bata, y su rostro falto de cuidado, lo desmentían.

—Nena, tienes el plato en la mesa. Y tú, no pongas nerviosa a la niña; luego duerme poco y ella tiene sus horas.

Dejó caer el petate junto a la puerta. Hubiera deseado abrazar a su madre, pero la distancia entre ambos era un mar de hielo.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

Pasó el brazo sobre los hombros de su hermana y ella lo abrazó por la cintura. Con esa protección recorrió el camino hasta su progenitora.

—Eso depende de usted.

De un vistazo, la mujer le inspeccionó por completo, pero al llegar a sus ojos fue incapaz de mantener la mirada. Dio media vuelta y comenzó a trastear en el interior de la cocina. Desde allí le alcanzó de nuevo su voz de piedra.

—Nadie podrá decir nunca que la Melchora ha echado a alguno de sus hijos a la calle, pero hoy y mañana dormirás en la cama mueble de la televisión: hasta dentro de dos días tengo alquilado tu cuarto. Hay un chico sirio que está estudiando medicina... —Luego, un meditado silencio y:

—¿Has cenado ya?

Aunque su madre no pudiera verlo, negó con el gesto.

—Me voy a dar una vuelta.

—Después —ella estaba dispuesta a dejar patente su autoridad—. Cena con tu hermana o no probará bocado. Está como un flan desde que te ha visto.

—¿Le dijeron que salía hoy?

—Me avisó el abogado. Tengo que ir a trabajar y estar de vuelta para cuando la niña regrese del centro. Sabías de sobra que no iba a estar esperándote en la puerta —la voz de la mujer había tomado tintes desabridos.

—No se lo estoy echando en cara.

La madre soltó sin demasiados miramientos el plato sobre la mesa y se volvió retadora hacia su hijo silabeando de indignación:

—Sólo faltaría eso... —Después, recomponiéndose el delantal y la voz, añadió—: Y acabad pronto, que aún tengo que dar de cenar al moro.

Por fin se durmió Rosario. Le subió el embozo de las sábanas hasta el mentón mientras acariciaba su cabello. Fuera, oía hablar a la madre con su huésped y no sintió curiosidad alguna por conocerlo.

Al salir miró casi con resentimiento hacia el mueble de la televisión y la puerta del que fuera su cuarto, donde ahora otro se encargaba de calentar las sábanas. Mejor retirarse hacia la calle.

Ya en la puerta, escuchó la recomendación de su madre:

—No te metas en líos.

Asintió sin palabras al echar la cerradura.

La cuesta le llevó hasta el parque, despoblado a aquellas horas de niños y transeúntes, para poner el pie sobre el asiento de un banco y sentarse en el filo de su respaldo. Jugó a vaciar un inexistente charco entre las hebras de la madera con la puntera de sus deportivas mientras buscaba el paquete de tabaco en los bolsillos. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Nada. El vacío.

El local de los juegos recreativos apagaba una a una sus fanfarrias musicales. Mientras, un rezagado tocaba insistentemente sobre el cristal de la tienda de comida precocinada que lucía el cartel de cerrado en busca de su cena después del día de trabajo. Al fondo, la cruz verde de una farmacia destellaba su aviso de esperanza y, junto a ella, un grupo de muchachos buscaba la forma de reventar el cajetín blindado del teléfono público.

Aquél era el barrio donde había nacido veintiún años atrás; el que añorara tantas noches desde su encierro.

Una mierda de barrio, masculló entre dientes a la vez que engatillaba los dedos para enviar la colilla a surcar los mares de un charco lejano.

—¿Ya te han soltado?

Una mano se posó inesperadamente sobre su hombro sobresaltándole a su pesar.

—Venga, tío; ¿no te acuerdas de nosotros?

Escrutó los rostros de los tres jóvenes, uno a uno. Claro que los conocía; desde mucho tiempo atrás.

Asintió con la cabeza para responder ambas preguntas y sus labios dibujaron una mueca que no dejó claro si era de desinterés o de fastidio.

—Esta tarde.

—Eso hay que celebrarlo.

Observó a quien hablaba: rubio, de ojos claros y tez lechosa bajo la luz de la farola. Casi parecía albino. Hablaba con una jovialidad que desmentían los ángulos duros de su rostro.

El Chapas no era de fiar, todo el mundo en el barrio sabía que no se llevaba mal con la policía. Hablaba demasiado y eso le había evitado pisar en exceso las baldosas de la cárcel pero le obligaba a no ir nunca sin compañía.

—Estoy tieso.

—Como los demás. Alguien habrá por ahí para darle la sirla.

—No. Me vuelvo a mi quel.

El de la tez clara hizo intención de insistir, pero uno de los que iban con él se lo impidió:

—Déjalo; acaba de salir y está acojonado, ¿no lo ves? Si le trincan otra vez, lo hacen madre.

Se levantó de mal talante y, perseguido por las carcajadas, puso distancia con el grupo. Líos eran lo que menos falta le hacía ahora.

Avanzó por la acera pegado a la fila de automóviles aparcados en línea. Al pasar delante de uno de color tan oscuro que se confundía con la noche, un envoltorio vacío salió despedido por una de las ventanillas y aterrizó a merced del viento húmedo. Leo, enfrascado en sus pensamientos, no fue capaz de advertirlo.

Inmediatamente el motor se puso en marcha y, sólo con las luces de posición encendidas, adecuó su velocidad al paso del muchacho, diez metros a su espalda. Cuando llegó a la altura de la bodega, el coche lo rebasó para perderse tras la siguiente esquina.

El local, un cuchitril mal iluminado, lo ocupaba en su totalidad un viejo mostrador de estaño y latón que remendaba sus goteras con láminas de plomo y tela asfáltica y una sola mesa, al fondo, en torno a la cual cuatro jugadores y dos mirones mataban lo que quedaba de día.

Alguno de ellos pareció reconocerle a juzgar por el ángulo que tomaron sus cejas cuando traspasó el umbral. Tampoco el bodeguero le había olvidado. Lo percibió en la sonrisa que le dedicaba al secarse las manos en el paño.

—Cuánto bueno por aquí —le homenajeó tendiéndole la palma blanca y húmeda—. Se te ha echado de menos.

Los dedos del bodeguero comenzaron a tomar la cálida temperatura de los del muchacho. La presión ejercida sobre ellos iba algo más allá de la cordialidad y Leo intuyó que los ojos de los parroquianos habían perdido el interés por los naipes.

—Ponme una cerveza fría.

El industrial, cuarentón, alto y espigado, dejó escapar un sentido suspiro y le obsequió con un aleteo de pestañas que dibujaron sonrisas contenidas en el rostro de los demás clientes.

Sacó del arcón frigorífico una botella de rubio contenido, introdujo media rodaja de limón por su gollete y la sirvió sin vaso.

—¿Tequila?

—No.

—Si andas buscando trabajo, tengo uno para ti.

—Se te agradece, Marino.

—Sabes que te hablo con el corazón en la mano...

—¡Controla bien lo que tiene ése en la mano antes de aceptar la oferta!...

Las risas se generalizaron en el local. En una de las sillas, el mismo mirón que había lanzado la puya, se retorció víctima de su propia gracia. El bodeguero no tenía su mismo sentido del humor. Se volvió airado y espetó tras la efímera protección del mostrador:

—¡Cretino! ¡No eres más que eso: un simple y un cretino!

Las carcajadas arreciaron hasta el punto de que los jugadores tuvieron que abandonar las cartas sobre la mesa, incapaces de continuar el juego; sin embargo, al provocador no pareció sentarle bien verse motejado de aquella forma. Se puso de pie a la vez que, sin prisas, se llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón:

—¿Qué me has llamado, saco de mojama?

Marino retrocedió un paso trastabillando sobre la tarima al palpar los bajos de la caja registradora en busca del bate de béisbol.

Leo dio un sorbo a su cerveza, la primera que tomaba en su recién recuperada libertad, y torció el gesto: allí todo seguía tal como lo dejara año y medio atrás.

—Te viene a decir algo así como gilipollas, pero en fino.

El hombre paró en seco e, indeciso, dirigió su mirada alternativamente a quien le hablaba desde la barra y a sus amigos de la mesa, que, entre risas contenidas, asintieron:

—Más o menos...

Entonces el camorrista sacó su mano y la dejó con descuido sobre el estaño, donde todos pudieran ver que no llevaba nada en ella.

—Pues a mí me se dicen las cosas en cristiano y no me molestan. Anda, danos de beber... —y señalando con la cabeza hacia Leo—: a éste también.

—Me llega con lo que tengo.

Tras servir la ronda, Marino se desentendió de los jugadores. Tomó un libro de junto a la caja y, apoyado contra la pila que formaban dos barriles de cerveza, recuperó la lectura en el punto que tenía señalado.

—Borregos —rezongó—. Si las cartas tuvieran letras no se atreverían ni a tocarlas.

—¿Sigue el Chano por aquí? —Leo apuró el fondo de la botella.

—¿Tu colega? Cuando te echó el guante la madera, día arriba, día abajo, hizo fu como el gato, culo en tapia, vaya, y no se le ha vuelto a ver el pelo por el barrio. Está *missing*, macho; el miedo es libre.

El muchacho rebuscó la calderilla en sus bolsillos y la contó. Alcanzaría.

—¿Qué te debo?

—Estás invitado. Por mí, no por el energúmeno ese.

Asintió agradecido y abandonó el local acompañado hasta la salida por las últimas palabras del dueño del negocio:

—Aquí hay un puesto para ti. No sacarás nada bueno de vagabundear.

Se deshizo de la colilla del cigarrillo antes de sacar las llaves del portal. Por fin halló la que buscaba y fue al introducirla en el bombín cuando reparó en el automóvil que, con las ruedas delanteras en el rebaje, ocupaba el vado unos metros por delante en la calle.

Las lunas traseras tintadas no permitían distinguir a quienes lo ocupaban, aparte del conductor y un acompañante, adivinados en el par de brasas titilantes que se movían despaciosas en su interior. No reconoció el coche.

Entreabrió la puerta de la habitación. Rosario roncaba plácidamente. El dormitorio de su madre estaba cerrado. Tomó el camino del suyo, pero en mitad del trayecto recordó que tenía nuevo dueño.

La cama mueble chirrió con desgana al acogerlo entre sus hierros con un sonido poco familiar. Era la primera noche en mucho tiempo que no dormía encerrado, se dijo con amargura.

Una tenue luminosidad azulada resaltaba los bordes de los muebles. Fuera, en la calle, el ladrido lejano de un perro se mezclaba con el paso de cualquier vehículo para componer la música de fondo de su retorno a todo.

Entonces sonó el teléfono.

Musitó un «quién» que no obtuvo respuesta y nada más devolver el auricular a la horquilla, el timbre volvió a llenar de alarma el interior de la vivienda. Al descolgar, nadie al otro lado. La situación parecía repetirse sin solución de continuidad hasta que la madre apareció en el quicio de la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué ocurre? Se va a despertar la niña...

—Algún imbécil que no tiene otra cosa que hacer.

El teléfono terminó enterrado bajo el mullido del sofá.

—Acuéstese. Ya no volverán a molestar.

—No te habrás metido en algún lío...

—Ni me quedan ganas ni he tenido tiempo para eso. Duerma tranquila.

Apagó la luz y se echó el edredón que su madre le había dejado a los pies. Sonrió con el recuerdo de una canción que debía de vivir desde siempre con él porque no era capaz de recordar cuándo ni dónde la había escuchado: «*Hoy es el primer día del resto de mi vida...*». Sobre su cabeza, el techo también tenía desconchones de pintura, pero esta vez eran los de su casa.